

Hubo un hombre extraordinario, vivió entre nosotros, podría haber tenido una vida plena de satisfacciones materiales, podría haber servido cualquier sistema, cualquier poder.

Pero ese hombre, que vivió entre nosotros, no era precisamente un oportunista, un vende sueños o un charlatán de pacotillas, de esos que encontramos en cualquier esquina, al levantar una piedra o cuando nos descuidamos.

Ese hombre, que vivió entre nosotros, había nacido para poner su vida al servicio de los demás. Podía haber sido libre, pero no quería serlo si los demás no lo eran.

Sufrió en carne propia la ignominiosa persecución desatada en Chile en los años setenta, fue salvado en última instancia de la muerte por otro grande, el Cardenal Silva Enríquez.

Ese hombre, que vivió entre nosotros se llamaba Enrique Moreno Laval.

Enrique falleció el 5 de febrero de este 2018 en Quito, donde se encontraba predicando un retiro para las hermanas S.S.C.C. de esa provincia.

Este año, Enrique habría cumplido 50 años de sacerdocio.

Hoy lloro a este gran amigo de mi juventud, recuerdo sus palabras y su relato en su testimonio escrito, cuyo nombre es, “Mis días en el Estadio”.

Enrique, fue uno de esos sacerdotes que nos mostraban ese Jesucristo muerto en la cruz por haber osado enfrentar el sistema opresor de su época.

El Jesucristo de Enrique, ese que yo aprendí en sus homilías, siendo aún niño, era un Jesucristo liberador, liberador en el contexto de opresión que aún persiste en nuestro país y en América Latina.

Ese Jesucristo peligroso para la sociedad dominante y también para esa Iglesia que discrimina a mujeres y laicos.

Enrique amó a su prójimo y luchó por un mundo mejor, en este mundo tan pálido.

¡No tuvo miedo e hizo frente en vida a la tiranía!

Enríquez, descansa en paz y gracias por tu amor y sabiduría compartida.

